

DIOS PUEDE HACER MARAVILLAS SI ENCUENTRA UN MEDIO HUMANO



Todos los hombres y mujeres que han sido famosos por las muchas almas que han ganado para Cristo, han sido personas de mucha oración. He conocido la mayor parte de los grandes evangelistas de esta generación y muchos de la generación pasada. Todos eran hombres que oraron intensamente.

Un hombre me conmovió profundamente cuando yo era un periodista inconverso. Él estaba hospedado con un ministro presbiteriano. Fui a la casa pastoral para buscarlo. Pregunté por el Reverendo Tal Fulano. El pastor me contestó con voz de admiración y rostro resplandeciente: “Jamás ha venido a esta casa hombre semejante a él. No sé cuándo duerme. Cuando voy a su cuarto en la noche para preguntarle si le hace falta algo, lo encuentro orando. Lo vi entrar en la iglesia temprano esta mañana y no ha regresado en todo el día para sus comidas”.

Lo hallé en la iglesia. . . Entré muy quietamente para no perturbarlo. Estábamos en los trópicos de Australia. Lo hallé en mangas de camisa, sin corbata, postrado delante del reclinatorio. Pude oír la agonía de su voz y me di cuenta de que estaba bañado en lágrimas mientras intercedía por aquella ciudad famosa por sus minas de oro. Había orado toda la noche y ayunado y orado todo el día.

Anduve lentamente a donde él estaba y arrodillándome al lado de su forma postrada, puse mi mano sobre su hombro. Él estaba empapado de sudor. Nunca me había visto en su vida, pero al verme, me rogó diciendo: “Hermano, hágame el favor de orar conmigo. No puedo vivir si esta ciudad no se convierte a Dios”. Durante tres semanas habían predicado sin ver ninguna conversión. . . Y yo me arrodillé para orar con él, él abrió su corazón a Dios e imploraba de tal modo como jamás he oído a un hombre orar.

Regresé a mi oficina admirado, humillado y temblando. . . En la noche fui a la gran iglesia donde él estaba predicando. Ninguno se dio cuenta de que él no había comido en todo el día, ni había dormido en la noche anterior, pero cuando se levantó en la iglesia, oí a varias personas decir: “Mira la luz celestial en su rostro”. Y así fue. A pesar de ser un gran maestro bíblico, no tuvo la dicha de ser un gran evangelista. Sin embargo, mientras que él predicaba aquella noche algo maravilloso sucedió. El lugar entero se deshizo bajo el poder de Dios. Para mí era la primera vez en mi vida que veía una gran cosecha de almas.

- *Lionel Fletcher*